

Nosotros entretanto
 Cada año ornamos con coronas nuevas
 El altar sacrosanto
 Que en la puerta de Electra le alzó Tebas;
 Y fúnebre convite
 De Alcides en honor, se nos permite.

El día en que Aqueronte
 Mandó los ocho infantes, que le diera
 Megara, de Creonte
 Hija infeliz, solemne se venera;
 Y á la aurora, aún arde
 La flama que brilló desde la tarde.

Toda la noche sube
 El humo de las víctimas al cielo,
 En olorosa nube;
 Y cuando el nuevo sol alumbra el suelo,
 El certamen se inicia,
 Del luchador robusto honra y delicia.

En él, triple corona
 De mirto ornó tus sienas: la primera
 ¡Meliso! galardona
 La que niño ganaste, ardua carrera,
 Merced á sabio auriga.
 Os saluda á los dos mi musa amiga.

ODA QUINTA.

Á FILÁCIDES DE EGINA,

VENCEDOR EN EL PANCRACIO.

¡Madre ilustre del Sol, de quien el oro
 Es rico emblema! Por honrarte ¡oh Thea!
 Lo estima el hombre más que otro tesoro,
 Y oro y más oro conquistar desea.

Por tí cruzan el ponto los bajeles,
 Y por tí en las durísimas campañas,
 Al carro se atan rápidos corceles
 Y se admiran espléndidas hazañas.

A tí en los juegos de la gloria el sello
 Debe el atleta, que por fuerte mano,
 O por rápida planta, su cabello
 Ceñido muestra de laurel lozano.

Tan sólo á la divina Providencia
Debe el triunfo el valor. Dos bendiciones
No más, la vida endulzan: la opulencia,
Y el oír elogiar nuestras acciones.

Te bastan ¡oh mortal! goces mortales;
El Olimpo á escalar en vano aspiras:
Deseos contra el Hado son fatales:
Si ambicionas ser Júpiter, deliras.

Dos lauros ¡oh Filácides! ya tienes
Del Istmico *pancracio*: las Nemeas
Luchas, otro te dieron, que las sienas
Ornó también del ínclito Piteas.

Himnos tejer mi corazón no sabe
Si de Eaco la prole no menciona.
Hoy, que á los hijos de Lampón alabe
Quieren las Gracias, y á su patria Enona.

Y si para rendir justos honores
Hallo una senda abierta y expedita,
¿Por qué de antiguos héroes los loores
Quiere la Envidia que mi musa omita?

Celebrar á magnánimos guerreros
Con cítara y con flauta, es vieja usanza.
Merced á Jove, vates lisonjeros
Cantarán hoy y siempre en su alabanza.

Etolia así con víctimas venera
A los hijos intrépidos de Eneo;
Tebas al gran Yolao, en la carrera
Nunca vencido, y Argos á Perseo.

De Cástor y de Pólux la divina
Bravura, admira el cristalino Eurotas,
Y de Éaco y sus hijos canta Egina
El alma grande en armoniosas notas.

Dos veces por su brazo las murallas
De Ilión sagrada fueron demolidas:
Una, Hércules los guía á las batallas;
Siguiéron, la segunda, á los Atridas.

Elévame del suelo en tu sublime
Cuadriga ¡oh Musa! y quién á Héctor valiente,
Quién á Cicno mató y á Memnón, dime,
Fiero caudillo de la Etiope gente.

¿Quién del Caíco atravesó en la orilla
A Telefo indomable con su acero?
¿Quién, sino aquellos por quien la isla brilla
De Egina, admiración del orbe entero?

Allí desde el principio alta se eleva
Excelsa torre, que las nubes hiende;
Y fuerte escala de virtudes lleva
Quien subir á su cúspide pretende.

Tan sólo á la divina Providencia
Debe el triunfo el valor. Dos bendiciones
No más, la vida endulzan: la opulencia,
Y el oír elogiar nuestras acciones.

Te bastan ¡oh mortal! goces mortales;
El Olimpo á escalar en vano aspiras:
Deseos contra el Hado son fatales:
Si ambicionas ser Júpiter, deliras.

Dos lauros ¡oh Filácides! ya tienes
Del Istmico *pancracio*: las Nemeas
Luchas, otro te dieron, que las sienes
Ornó también del ínclito Piteas.

Himnos tejer mi corazón no sabe
Si de Eaco la prole no menciona.
Hoy, que á los hijos de Lampón alabe
Quieren las Gracias, y á su patria Enona.

Y si para rendir justos honores
Hallo una senda abierta y expedita,
¿Por qué de antiguos héroes los loores
Quiere la Envidia que mi musa omita?

Celebrar á magnánimos guerreros
Con cítara y con flauta, es vieja usanza.
Merced á Jove, vates lisonjeros
Cantarán hoy y siempre en su alabanza.

Etolia así con víctimas venera
A los hijos intrépidos de Eneo;
Tebas al gran Yolao, en la carrera
Nunca vencido, y Argos á Perseo.

De Cástor y de Pólux la divina
Bravura, admira el cristalino Eurotas,
Y de Éaco y sus hijos canta Egina
El alma grande en armoniosas notas.

Dos veces por su brazo las murallas
De Ilión sagrada fueron demolidas:
Una, Hércules los guía á las batallas;
Siguieron, la segunda, á los Atridas.

Elévame del suelo en tu sublime
Cuadriga ¡oh Musa! y quién á Héctor valiente,
Quién á Cicno mató y á Memnón, dime,
Fiero caudillo de la Etiope gente.

¿Quién del Caíco atravesó en la orilla
A Telefo indomable con su acero?
¿Quién, sino aquellos por quien la isla brilla
De Egina, admiración del orbe entero?

Allí desde el principio alta se eleva
Excelsa torre, que las nubes hiende;
Y fuerte escala de virtudes lleva
Quien subir á su cúspide pretende.

De alabanza sin fin dardos certeros
 Puede mi lengua disparar á Egina.
 Te acaban de salvar sus marineros
 ¡De Ajax Ciudad, insigne Salamina!

Tragó la mar cadáveres sin cuenta;
 Que el contrario poder Jove deshizo,
 Fiero mandando bélica tormenta,
 Como á la tierra asolador granizo.

A su gloria dará mejores mieses
 De oportuno callar riego fecundo:
 Que manda Jove triunfos y reveses;
 Jove, Señor de cuanto encierra el mundo.

Mas ¿cuánto á la victoria satisface
 Triste silencio? El héroe que pelea,
 En cánticos triunfales se complace,
 De más dulce sabor que miel Hiblea.

Venga ahora á luchar quien las hazañas
 Sepa de la familia de Cleonico.
 Su brillo ¡oh tiempo destructor! no empañas:
 En esperanzas y oro el nieto es rico.

Viva también Piteas, que á su hermano
 Guió de la gloria en la difícil senda;
 A correr lo adestró; formó su mano
 Y á su ardor juvenil impuso rienda.

Llévale tu corona, y tu velluda
 Cinta de lana; adórnenlo tus galas,
 Y á tu hermano ¡oh Filácides! saluda,
 Con este canto de ligeras alas.

ODA SEXTA.

Á FILÁCIDES, JOVEN LUCHADOR.

Cual requiere festivo convite,
Otra copa con himnos llenemos;
Y á salud del atleta brindemos,
Postrer hijo del grande Lapón.

La primera te dimos ¡oh Jove!
Cuando al ágil hermano Piteas,
Coronaron las luchas Nemeas
Con su lauro y mejor galardón.

Hoy que el Istmo á Filácides canta,
A vosotras, Nereidas cincuenta,
La segunda mi mano presenta,
Y á Neptuno, del Istmo Señor.

La tercera Castálide copa
Que reservo á las glorias de Egina,
Ya desde hora mi musa propina
Al Olímpico Dios Salvador.

El varón de los Dioses amado
Que trabajo y tesoros prodiga,
Y en su pecho magnánimo abriga
El valor y virtud celestial,

De la gloria si el árbol frondoso
La Fortuna ha plantado en su huerto,
Ancló ya de la dicha en el puerto
El bajel de tan sabio mortal.

Tal mostrarse hasta edad avanzada
Quiere el hijo del gran Cleonico,
Y en virtudes y méritos rico,
A la tumba, por fin, descender.

Y yo pido á las Parcas divinas,
Sobre todo, á la altísima Cloto,
Que se dignen al ínclito voto
De mi amigo querido acceder.

¡Oh Señores del carro dorado!
Si á tal isla ¡oh Eácidas! llego,
He probado que siempre la riego
Con encomios de plácido olor.

Hasta el Norte, y del Nilo á las fuentes,
Llevaré vuestros hechos divinos,
Por millares de largos caminos,
Que hay abiertos de cómodo anchor.

¿Quién conoce tan bárbaro pueblo,
Tan extraño al Heleno lenguaje,
Que á la fama no rinda homenaje,
Del gran héroe que á Tetis se unió?

De Ajax fuerte y su padre robusto
Con las glorias, la tierra está llena:
En sus naves el hijo de Alcmena
A luchar en Ilión los llevó.

Telamón del falaz Laomedonte
Corre alegre á vengar la perfidia;
Fiel aliado, con Hércules lidia,
Y penetran en Troya los dos.
Con las flechas que nunca descansan
Mata en Flegra al pastor (semejante
A montaña) á Alcioneo el gigante,
Y á los fieros Merope en Cos.

Al partir á la guerra de Troya,
Telamón en gran cena se hallaba:
Entra Alcides, al hombro la clava,
Del león ostentando la piel.

Lo ve el héroe; y el brindis primero
Que pronuncie, á Anfitriónides ruega:
Copa de oro esculpida le entrega,
Con licor más sabroso que miel.

Elevando las manos al cielo,
Invencibles en cien y cien lides,
Majestoso á las preces Alcides
Da principio, y al brindis, así:

«¡Padre Jove! Mi súplica ardiente
 Más que nunca hoy escucha propicio,
 Si á tu Numen algún sacrificio
 Agradable en un tiempo ofrecí.

»A este joven, mi huésped futuro,
 Como el Hado inmutable desea,
 Tal progenie le dé su Eribea
 Que en valor no conozca rival.

»Cual la piel que me cubre, su carne
 Penetrar no consiga el acero:
 La arranqué (mi trabajo primero)
 Al Nemeo león colosal.»

Así dice: y el águila augusta
 Hace Dios que á la tierra descienda,
 De las aves cual reina, y en prenda
 De que ha oído su santa oración.

Se estremece de gozo al mirarla,
 Y así clama en su gran regocijo
 Con acento profético: «El hijo
 A que aspiras, tendrás, Telamón.»

Y del águila el nombre le impone
 En memoria del fausto prodigio
 A Ajax fuerte, de inmenso prestigio
 En la guerra, y de Marte secuaz.

Así el brindis Alcides termina: —
 Mas volver á Piteas importa,
 Y Eutimeno y Filácides; corta
 Tus recuerdos, ¡oh musa locuaz!

A los hijos ilustres y al tío
 Cantaré brevemente, á la Argiva:
 Tres coronas de espléndida oliva
 El *pancracio* en el Istmo les dió.

Otras tres la frondosa Nemea
 En sus sienes impuso galante.
 ¡Qué cantares su gloria brillante
 A los vates después inspiró!

Con el suave celeste rocío
 De las Gracias, bañar les agrada
 La familia gentil Psalaquiada,
 De hijos ínclitos madre y nutriz.

De Temistio la casa dejando
 Sobre sólida base construida,
 En Egina, del cielo querida,
 Residencia eligieron feliz.

El anciano Lampón, el trabajo
 Con la industria acompaña de modo,
 Que el axioma del vate Hesiódo
 Con los hechos demuestra seguir.

Lo repite á sus hijos constante,
 Y con voz paternal los excita
 A dar gloria á su villa bendita
 Con proezas y honesto vivir.

Su mansión se halla al huésped abierta;
 Lo hace amar su gentil cortesía;
 Y guardar la feliz medianía
 Ha sabido, á que sólo aspiró.

Cual la piedra que, en Naxos criada,
Pulveriza los duros metales,
Es buscada entre cien pedernales;
Tal el mundo al anciano admiró.

Entre atletas sin cuento descuella;
Fiel la lengua interpreta su mente...
Yo de Dirce en la límpida fuente
Hoy sus copas intento llenar.

A las puertas de Tebas ilustre,
Las que á Jove alumbró Mnemosina
Dulces hijas, la fuente divina
A mis plantas hicieron brotar.

ODA SÉPTIMA.

Á ESTREPSIADES DE TEBAS,

VENCEDOR EN EL PANCRACIO.

De los antiguos timbres de alta gloria
Con que tu patrio suelo resplandece,
¿Cuál ¡oh Tebas feliz! más te envanece?
¿Será quizá la historia
De Baco, tierno infante
De melena flotante,
Que diste tú á la luz, y es siempre al lado
De la ruidosa Ceres adorado?

¿Ó aquella noche en que con rica veste
De nieve de oro, Júpiter divino
De Anfitríón á la morada vino,
Y progenie celeste

Vió germinar serena
La afortunada Alcmena?
¿Ó más de haber nutrido te glorías
A Tiresias, fecundo en profecías?

¿Por ventura en Yolao, de bridones
Íncrito domador, ó en los valientes
Que produjeron del dragón los dientes
Tus complacencias pones?
¿O la derrota aciaga
De Adrasto, más te halaga,
Cuando sólo, sin huestes ni laureles,
A Argos huyó, criadora de corceles?

¿Ó tu orgullo mayor, en la colonia
Dórica cifras, que de tu almo seno
Mandaste, y encontró firme terreno
Allá en Lacedemonia,
Cuando tu heroica raza
(Los Égidas) la plaza
De Amicla, conquistó tras largo sitio,
Según la predicción de Apolo Pitio?

Se adormece la fama en sólo un día,
Y olvidan los mortales cada hazaña
Que el rocío dulcísimo no baña
De ínclita poesía.
Unid á alegre canto
De danzas el encanto
En honor de Estrepsiades, cuya frente
Corona el Istmo en el *pancracio* ardiente.

Tremenda robustez, bella figura,
Y virtud no inferior el mozo ostenta:
De las bellas Piérides ya cuenta
Con la grata dulzura;
Y al tío, cuyo nombre
Lleva, inmortal renombre
El joven sabe dar; noble Tebano
Que en la guerra inmoló Marte inhumano.

Va del honor la intrepidez seguida;
Y el que en la nube de enemiga armada
Aleja la sangrienta granizada
De su patria querida,
Y la feroz tormenta
Que del hermano ahuyenta
Lleva al contrario, gloria, vivo ó muerto,
A su familia legará de cierto.

¡Hijo de Diodoto, del guerrero
Meleagro imitador, y del Tebano
Anfiarao rival; y Héctor Troyano!
Exhalaste el postrero
Aliento, de la vida
En la edad más florida,
Y en las primeras filas, do se lanza
El más bravo á lidiar sin esperanza.

De inefable dolor tu triste muerte
Llenó mi corazón; mas hoy la calma
Neptuno conmovido trae á mi alma
Tras vendaval tan fuerte.

Al són de mis cantares,
 Coronas á millares
 Tejeré al vencedor. ¡Mano enemiga
 De adverso Numen ¡ay! no me persiga!

Si lejos de la guerra, consagrado
 De las amenas Musas al cultivo,
 En mi risueño hogar tranquilo vivo,
 Así lo quiso el Hado.
 Morir debemos todos;
 Mas de diversos modos
 Al sepulcro cada uno se encamina;
 Ni cuál será su término, adivina.

Quien quiere más allá de su horizonte
 Llegar, ve que son débiles sus alas
 Para llegar á las etéreas salas.
 Así á Belerofonte
 Que penetrar desea
 De Jove en la asamblea,
 Y en su corcel subir al alto cielo,
 El alado Pegaso arroja al suelo.

Del vedado placer tras la dulzura
 Amarguísimo fin al hombre espera.
 ¡Oh tú, Señor de la áurea cabellera,
 Que de la edad futura
 Predices los arcanos!
 Abre, Apolo, tus manos,
 Y al que hoy celebro, da nueva corona
 En tus sagrados juegos de Pitona.

ODA OCTAVA.

Á CLEANDRO DE EGINA.

Alguno de vosotros
 ¡Oh jóvenes poetas!
 Vaya de Telesarco
 A las doradas puertas,

Y de Cleandro su hijo
 Las ínclitas proezas,
 Celebre, consumadas
 En juventud tan tierna.

Los cánticos triunfales
 Organice, y la fiesta,
 A sus trabajos arduos
 Debida recompensa;